



Composición de F. EHRMANN

EL ARTE CONTEMPORÁNEO

ESCUELA FRANCESA

I



F. EHRMANN

Los hombres que pasan hoy de los treinta y siguen con atención desde hace algunos años el movimiento de las artes, han visto bosquejarse y ven producirse un hecho capital, á saber: el definitivo abandono hecho por nuestros artistas de la convención plástica emanada del renacimiento italiano y la vuelta de la escuela francesa al principio francés por excelencia, á la observación directa de la vida. Una grande evolución se acaba, que deberá consagrar necesariamente la próxima Exposición universal y que devuelve á sí mismo nuestro espíritu nacional, un tiempo extraviado.

A cualquiera parte que uno se vuelva, un arte vivo hiere nuestra vista, un arte nacido de nuestras costumbres, nutrido de nuestros sentimientos, todo él hecho á nuestra imagen y semejanza. No pretendo yo hacer creer que las obras maestras abundan más ahora que antes;

afirmo solamente que nuestras exhibiciones anuales revelan honrosamente las altas tendencias del presente. El terreno socavado de las academias se ha hundido bajo los pies de los jóvenes determinados á marchar hacia adelante; han buscado otro terreno más sólido y helos aquí saliendo á través de la realidad que no engaña nunca.

¿En qué se fundaba ese arte italo-romano que ha prevalecido entre nosotros por espacio de cuatro siglos con desprecio de nuestras íntimas aspiraciones?

En un concepto abstracto de la belleza. De aquí nuestros errores y el olvido de nosotros mismos. La abstracción, que siempre se estima superior á lo que es, engendra fatalmente fórmulas y las perpetúa; estrecha el punto de vista del artista queriendo ensancharlo; paraliza el arte reduciéndolo á repetirse sin cesar, y para decirlo todo de una vez, subordina todo ensayo de alcance á un ideal académico, irracional y depresivo. Así la estética derivada del concepto de una belleza esencial, independiente de la expresión humana, está condenada á agitarse en el vacío.

En pocas palabras, la escuela moderna ha debido lógicamente venir á un solo método: el honesto y sencillo método de la observación enfrente de la inagotable variedad de las cosas.

Lo mismo que en la edad media, y teniendo en cuenta la diferencia de las ideas y de los procedimientos, ponemos hoy la particularidad característica muy por encima de la pureza más ó menos convencional de las líneas. El arte que nosotros amamos es, ante todo, expresivo y natural. Píntesenos la calle ó el taller, el gabinete ó la buhardilla, la leyenda ó la historia, á todo nos acomodamos, con tal de que se nos ofrezcan personajes verdaderos en acciones verdaderas, en medios verdaderos, alumbrados por la misma luz que nos envuelve, respirando el mismo aire que respiramos nosotros. Dadnos la verdad, y nos daréis al mismo tiempo la emoción y el pensamiento, si sois verdaderos artistas. Un operario en el trabajo nos conmueve, una mujer remendando la ropa de sus hijos nos cautiva, todo lo que nos habla de nuestra humanidad nos interesa en el más alto grado. ¿Qué tenemos que ver con lo demás?

Ciertamente no podríamos condenar absolutamente las evocaciones, las cuales pueden ser humanas á pedir de boca y tocarnos el corazón; pero, en tesis general, el mejor



Miss***, por CARLOS DURÁN

de los pintores es aquel que reproduce mejor lo que ha visto, el hombre que sufre, la doncella que sonríe, la casa que se construye, la ruina que se hunde, la rosa que se abre, el tiempo que hace. Lo que se ha sacado de la vida concentrada en sí; lo que ha salido de los vanos espejismos de la imaginación se extingue como el fuego de paja, ennegrece como humo lo que toca y se va al viento como ceniza.

No soy de los que sólo hablan del pasado con desdén ó con cólera. De época en época los hombres son iguales: tienen las instituciones que convienen á su estado social; su dispendio de fuerzas es siempre equivalente, ahora se consagra á un objeto, ahora se divide y se disperse. Cada generación produce para satisfacer sus necesidades morales y materiales. Lo que no responde ya á las condiciones de su existencia inmediata le parece atrasado, y su destino no es ni mejor ni peor, en suma, que el de las generaciones precedentes. Si las épocas muertas nos han legado muchas obras sin interés á nuestros ojos, estas obras estaban de acuerdo con su modo de ser, de pensar y de ver. El arte será siempre la adecuada expresión del trabajo de las civilizaciones y se verá cómo se revelan en él todas las influencias que han predominado.

Se nos reprocha que nos separamos de las tradiciones; pero es que queremos vivir por nuestra cuenta, conforme á lo que es en nosotros. Por otra parte, una sociedad evoluciona fatalmente, como un niño se forma, bajo el imperio de la educación. Según la dirección que reciben los hombres nuevos, toman sus miras tal ó cual curso, suben más ó menos arriba ó van más ó menos lejos.

Con los aspectos de la vida cambia la fisonomía de las artes. Los artistas continúan su tarea á través de los trastornos y producen lo mejor que pueden. Jamás es su ambición lo que se debilita; es el ideal social que baja. Pero á lo menos, desenvuélvase normalmente la escuela de un país de conformidad con el carácter de la nación y no se desvíe de su camino por las lecciones extranjeras. Por las lecciones extranjeras nos ha venido el menoscabo.

Está fuera de toda duda que el Renacimiento ha sacado á luz trozos admirables, que las composiciones del siglo xvii tienen á menudo grandeza y que se encuentra en las fantasías del siglo siguiente una gracia exquisita muchas veces. Sin embargo, nadie podría negar que la introducción de los modelos antiguos é italianos en Francia y el culto exclusivo de los renacentes al espíritu de Italia, hayan interrumpido por manera deplorable el progresivo y natural desenvolvimiento de nuestro arte nacional, creado un idealismo arbitrario y completamente exterior y lanzado á nuestros artistas á una falsa vía, de la cual salimos apenas.

Hasta el siglo xv poseímos un arte lleno de salud, de lógica, de bondadosa sencillez, sólo dependiente de nuestro temperamento, en una palabra, popular. Pero he aquí que se levanta un mal viento; ya no se ve claro; la deslumbradora realeza impide al artista distinguir al pueblo, que trabaja oscuramente, no más abrumado de hecho que á estas horas en que nos encontramos, pero sin derechos precisos y sin garantías. Una larga serie de generaciones se sucede y se sepulta. En fin una tempestad estalla y todo es barrido: múdase el centro de gravedad social: el pueblo se agita y viene á ser poderoso; el arte vuelve á ocuparse de aquellos humildes que había olvidado hacía tantos años y el movimiento moderno se enlaza finalmente al movimiento puramente francés de las antiguas edades.

Pueden desolarse los academistas; nosotros no tenemos sino motivos para alegrarnos. No es una revolución la que se ha consumado, sino una restauración. La convención



El campesino, por J. BASTIEN LEPAGE

clásica no tiene autoridad, pero la realidad se levanta á la clara luz y se ha vuelto á encontrar la atrevida sinceridad del francés.

II

Desde que se entra en una exposición de pinturas, se nota la renovación completa del gusto y de las prácticas. Donde se ostentaban cuadros ambarados, dorados, enrojecidos, manoseados, iluminados con tonos de paleta, se ven ahora lienzos claros, profundos, de una armonía de aire ambiente, coloridos sólo con los tonos de la naturaleza y comparables á ventanas abiertas á la realidad. Si se tienen en cuenta los asuntos tratados, todavía se revela mejor la realidad. Casi ninguna escena mitológica; ya no toleramos dioses sino humanizados. Casi ninguna alegoría: á estas sutiles fantasías preferimos con mucho el retrato, capaz de herir en nosotros la fibra humana. Los que intentan los episodios de la leyenda y los hechos de la historia, se ensayan en traducirlos evocados al vivo, despojados del aparato convencional. Apenas de vez en cuando algún aprendiz, deseoso de utilizar un bosquejo premiado en concurso, resucita un dato de escuela; y uno